

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	6'00 »
» Extranjero »	1'50 »

Por la tremenda

Hace tiempo que venimos notando en los movimientos obreros de todas las naciones, que los fieles servidores del capital, las autoridades, han adoptado igual procedimiento para impedir que se exterioricen los anhelos del proletariado.

Con mayor o menor violencia en Portugal o la Argentina, pero sistemáticamente en España, Francia, Bélgica, Alemania, etcétera, al notar el más pequeño síntoma de agitación obrera, lanzan a la calle la policía militarmente armada, los que casi siempre son los provocadores de los actos de violencia.

Las huelgas de Londres, Liverpool, Dunkerque, en las que la policía a viva fuerza impedía la celebración de mítins; las de Portugal, en que el gobierno se pone descaradamente al servicio de la burguesía; las de España, enviando fuerzas al más pequeño conato de huelga, son prueba evidente de que los gobiernos se han dado cuenta del espíritu de rebeldía que se ha generalizado en el proletariado y temen que de un pequeño conflicto pueda venir una conflagración que ponga en peligro, o que derribe la carcomida base en que se apoya lo existente.

El proletariado, por su parte, va adquiriendo más conciencia de sí mismo, y fuerte en su derecho, y más fuerte cada día también de su poder, no se arredra de los alardes de fuerza del enemigo, y unas veces resistiéndolo, y otras atacándolo, se muestra digno de la conquista de su redención. Con satisfacción inmensa vemos que el trabajador va dejando de ser el manso y obediente borrego, y que la combustión producida por la constante propaganda está próxima a producir la explosión, provocada por los mismos gobiernos, que tal vez procuran precipitar los acontecimientos confiados en que una inmediata y fuerte represión aniquilará las energías proletarias.

Este procedimiento de imponerse por la tremenda desde los primeros momentos débese a que a consecuencia de la propaganda hecha por medio del periódico y del libro y de las manifestaciones expuestas en los Congresos, saben que no sólo los obreros de la ciudad, sino los del campo y los mineros, nos hemos percatado de que somos los únicos que quedamos por emancipar, pues las demás clases sociales se han emancipado a costa de nuestros sacrificios. Y no sólo saben esto, sino que estamos dispuestos a emanciparnos tam-

bién y hemos adquirido la convicción de que esto hemos de conseguirlo con nuestro propio y único esfuerzo.

La fuerza de los gobiernos va debilitándose por ser fuerza prestada e inconsciente, mientras la nuestra aumenta por ser propia y consciente: así hemos visto que la guardia nacional belga presentó las armas ante el monumento de Ferrer, e igualmente que la confianza de los gobiernos en el ejército va disminuyendo, seguramente por el temor de que se dé cuenta de que antes de ser fuerza del Pretor, lo fué del trabajo y a éste ha de volver.

Esta preocupación en los diferentes gobiernos de Europa y América les lleva a reclutar asalariados entre los profesionales del vagabundaje, que inútiles para proporcionar la subsistencia por medios nobles, venden su dignidad convirtiéndose en verdugos de la clase productora. Faltos de toda instrucción se venden al mejor postor, y alimentados por la esperanza de la recompensa son los más fieles perros de presa del capital.

A estos elementos queda reducida la defensa del actual orden de cosas, puesto que la fuerza sólo está sujeta por la férrea disciplina, pero que a pesar de ella no resiste al contacto de las masas trabajadoras en los grandes centros de producción y con frecuencia hemos leído y hemos visto como fraterniza con los rebeldes decidiendo a favor de éstos la victoria.

Y como esto no ocurre en una sola nación, es por lo que los gobiernos intentan ahogar todo movimiento de rebeldía en su origen lanzando su fuerza sobre los iniciadores para imponerse por ella, ya que no puede hacerlo por la razón.

En su ceguera no ven más que lo superficial, que es la huelga, e ignoran la causa que la produce, que no es la miseria, sino el grado de cultura que el trabajador va adquiriendo y que no se resigna a que la clase explotadora acapare y derroche a manos llenas el producto de su trabajo.

El obrero quiere libertarse de la explotación de que es objeto; quiere redimirse de la ignorancia en que se le mantiene por la fuerza, y emanciparse del yugo de la tiranía. Y las huelgas no son más que chispazos producidos por este estado de conciencia.

Y los gobiernos, queriendo imponerse por la tremenda, apenas si consiguen apagar estos chispazos, pero son impotentes para sofocar el fuego que los produce.

Anarquía

Anarquía: significa ausencia de todo gobierno, jefe, autoridad, etc. Esta palabra deriva del idioma griego, *an* (sin) *arquía* (gobierno). Se usa este nombre en sentido general cuando se quiere expresar un estado de desorden, confusión, destrucción, caos, etc.

Para la generalidad, todo lo que tiende a combatir el actual estado de cosas, es anarquía. En caso de una revolución o ausencia de autoridad se llama vulgarmente estado de anarquía.

Cuando acontece una explosión de dinamita en la vía pública o se ataca a un rey u otro representante de la autoridad, se llama atentado anarquista. Es decir, que según los diccionarios, libros, revistas y periódicos burgueses, todo lo malo, lo feo y lo desordenado es anarquía, y todos los actos contra la explotación y la tiranía son anarquistas.

El hierro que mata a los verdugos del pueblo procede de la opresión y no de la Anarquía. Es el producto de los crímenes al por mayor que los tiranos han venido realizando a través de los siglos, vengándose a las innumerables víctimas sacrificadas en holocausto de la libertad y del progreso humano.

Aquellos que, como nosotros, no creemos en gobierno, autoridad o leyes, usamos la palabra *anarquía* para diferenciar nuestras ideas con las de los partidarios de la sociedad actual. Pero, al llamarnos anarquistas no quiere decir que admitamos el desorden, sino que deseamos la armonía y laboramos para la paz universal.

Así como la autoridad, necesita para sostenerse, de hombres creyentes y respetuosos, bajo los principios de la fuerza, patria, sociedad, etc., la Anarquía, necesita para arraigarse, de hombres conscientes, instruidos, bajo los principios del amor y de la solidaridad humana.

Sin fanáticos e ignorantes, el Estado quedaría completamente anulado, y sin hombres inteligentes y despreocupados la Anarquía sería irrealizable. Y de ahí viene el falso concepto que la mayoría da a la pala-

bra anarquía, al imaginarse una sociedad libre, sin antes haberse transformado los cerebros y las conciencias, desprovista de gobierno, leyes, jueces y verdugos, tirando cada cual por su lado y abusando todos de uno y uno de todos.

Pero, suponiendo que se llegara actualmente a destruir los gobiernos y se intentara implantar la Anarquía, nunca llegaría el desorden y la confusión a ser tan grande como en la actual sociedad, puesto que a pesar de existir gobiernos, leyes, jueces y verdugos, se suceden todos los días espantosos desórdenes, en donde los hombres luchan encarnizadamente para imponerse los unos a los otros.

Ejércitos numerosos se destruyen en los campos de batalla; miles de obreros pierden sus vidas en la mina, en la fábrica, en el fondo de los mares. Infinidad de crímenes pasionales, intencionados o causados por la miseria se producen en todas partes y a todas horas. Maridos que asesinan a sus esposas «adúlteras»; hijos egoístas que matan a sus padres para heredar sus capitales; «criminales» que arrancan la vida de los ríos para apoderarse de sus tesoros; verdugos que ejecutan a éstos como pago a sus «debtos»; obreros hambrientos y desesperados que destruyen a capitalistas y tiranos por ser ellos los causantes de sus dolores.

Odios, pasiones, venganzas, insultos, todo se revuelve en esta sociedad llamada «armonía», sumergiéndose los hombres en torrentes de sangre humana, mientras la religión, el capital y el Estado se reparten el botín del engaño, del robo y del crimen, bajo la hipócrita máscara del amor, del orden y del derecho.

En el dominio de la filosofía, la Anarquía es una excepción de todas las escuelas y doctrinas, por ser el único ideal que ha proclamado al hombre su propio dueño, dando al individuo todo su valor, cediendo a cada ser humano su propia personalidad, dejando ancho campo para poder desenvolver sus iniciativas y sus acciones.

La Anarquía ha venido a resumir todas las ideas del amor y de la sabiduría humana, siendo la base natural para la relación armónica de los hombres, poniendo a éstos en condiciones de gobernarse ellos mismos

y poder solucionar sus propios asuntos sin necesidad de la ingerencia de un segundo, llámese éste, Estado, Religión ó Capital.

Antes de la Anarquía está la imposición y el privilegio. Más allá de la Anarquía existe la continuación del abuso del poder y de la explotación del hombre por el hombre.

La idea anárquica es la culminación de todas las filosofías; es la nivelación de las pasiones humanas; es la verdadera sociedad de los hombres libres, ayudados por el apoyo mutuo y el respeto altruista.

Se podrá tergiversar el nombre de la Anarquía, cambiar sus conceptos y derivaciones, pero el *sin gobierno* triunfará sobre todos los sofismas, sobre todos los sistemas y todas las formas tiránicas, llámen-se estas monárquicas, republicanas o social-democráticas.

La Anarquía no es un símbolo fantástico o un nuevo dios que inspira a sus creyentes confianza en sus virtudes ni alimenta la esperanza de la llegada de un nuevo Mesías.

Grito ¡viva la libertad! como reconocimiento de la personalidad humana en mí mismo, en cada uno de mis semejantes y en la relación armónica y equitativa de todos, y como protesta contra la manifestación pública de un hombre bueno, liberal e ilustrado, que, sin duda por decadencia, por escasez de vitalidad, se siente pesimista, y, al verse rodando por la triste y desesperada pendiente, abusa del prestigio de su nombre, obra como maestro y enseña mala doctrina, falto de aquel buen sentido que debiera tener todo paciente de enfermedad infecciosa para evitar el contagio.

Zozaya ha publicado en *El Liberal*, de Madrid, «El ocaso de los himnos», y mirando al mundo a través de empañado cristal le ve malo, feo, sucio, convertido en repugnante pantano del que, según el pesimismo que le domina, el pobre ignorante no puede ni podrá salir.

Ante tal espectáculo, pasa como el sacerdote y el levita de la parábola ante el hombre despojado, herido y medio muerto, y carece del generoso sentimiento del buen samaritano.

Su conclusión es triste, dolorosa; peor aun, es repugnante. Así termina el artículo:

«Pero la libertad no puede morir. Si no puede ser patrimonio de todos, tiene que serlo de los mejores. La fraternidad misma es desmentida, y casi se nos antoja que somos dos razas: una de siervos y otra de ciudadanos. No es posible dar la ciudadanía a los primeros ni la opresión a los segundos. Una turba grosera hace imposible la emancipación. Una aristocracia mental y moral afirma su personalidad y exige sus indiscutibles derechos. La forma política del porvenir es el patriarcado; sea para los que prueben su aptitud para la ciudadanía, la gloria de conservar derechos que sólo pueden servir a verdaderos hombres; resérvese a los otros el rubor de una *capitis diminutio*, que no pueden sufrir todos los humanos sin merceda de su decoro y racionalidad.»

Cuando un hombre que estudia, juzga y escribe llega a una conclusión así pierde todo derecho a que se le atienda y se le crea, y sólo puede inspirar lástima. El mismo se desprestigia y manifiesta a cada lector el atestado de su propia defunción. Si; la libertad no puede morir; pero la libertad no vive sin la igualdad, como es de sentido común, y como reconoció la Asamblea Constituyente de 1791 con estas palabras: «La Asamblea Nacional deroga irrevocablemente las instituciones que menoscaban la libertad y la igualdad de derechos: no más nobleza, ni patria, ni distinciones hereditarias, ni distinciones de órdenes, ni régimen feudal, ni justicias patrimoniales, ni ninguna clase de títulos, denominaciones y prerrogativas de ellos derivadas, ni ninguna de las corporaciones o condecoraciones para las cuales se exigían pruebas de nobleza o supuestas distinciones de nacimiento...»

Y así ha de ser, a pesar de las regresiones de los progresistas cobardes. No porque un hombre que fué democrata en su juventud, se torne escéptico al mismo tiempo que pierde energías por el avance de la debilidad física, se ha de convertir el mundo en un hotel de aristócratas inválidos, servido por viles esclavos.

No; no prevalecerá la *capitis diminutio*, ni se restaurará la aristocracia (la cracia de los excelentes), ni ante el saber y el poder del proletariado sindicalista y anarquista prevalecerán esos viejos ilustrados y comodones a quienes asusta y quita el sueño el ruido de las multitudes que en revuelta confusión alborotan el asilo de incurables con sus gritos, sus carcajadas, sus lamentos, sus orgías, sus reivindicaciones y sus aclamaciones al ideal.

Si hay quien siembra, siega, muele, amasa y cuece para que no falte pan al sabio gruñón que sufre disnea en vez de gozar de

amplitud pulmonar, no se acredita sabiduría pidiendo privilegios para sí y esclavitud para el trabajador; porque aunque el legislador y el gobernante quisieran atender tan disparatada pretensión, ahí está, y si no está todavía no tardará en presentarse, el sindicato agrícola y el industrial, la federación local, regional y de industrias similares y la Confederación nacional e internacional de trabajadores, en germen o en realización, para acreditar que todos somos y hemos de ser iguales en derechos, y extender título de incapacitado al maestro que quiere convertir su decadente poltronería en norma de derecho político y social.

Y si el sindicato y la federación y confederación de sindicatos pudieran atascarse en la corriente progresiva, haciendo corruptor remanso en algunas reformas y mejoras prácticas, estilo inglés, a lo Asquith y Lloyd George, aquí estamos los anarquistas, repitiendo con Bakounine:

«Ningún individuo puede reconocer su propia humanidad, ni por consecuencia realizarla en su vida, sino reconociéndola en los demás y cooperando con ellos a su realización. Ningún hombre puede emanciparse sino emancipando a la vez a cuantos le rodean. Mi libertad, es la libertad de todos; porque yo no soy realmente libre, libre no sólo en idea, sino también en los hechos, más que cuando mi libertad y mi derecho hallan su conformación y su sanción en la libertad y en el derecho de todos mis iguales.»

«Me importa mucho lo que son los demás hombres, pues, por muy independiente que parezca o me crea ser por mi posición social, aunque sea papa, emperador, rey o millonario, no soy más que el producto incesante de lo que son los hombres entre sí. Siendo ellos ignorantes, miserables y esclavos, mi existencia se determina por su esclavitud. Si, por ejemplo, soy ilustrado e inteligente, su estupidez me limita y me hace ignorante; si soy valeroso e independiente, su esclavitud me esclaviza; si soy rico, su miseria me inspira temor; si soy privilegiado, tiemblo ante su justicia. Quiere ser libre y no puedo serlo, porque en mi derredor todos los hombres no quieren ser también libres, y, no queriéndolo, se convierten para mí en instrumentos de opresión.»

Sirvan esas palabras de correctivo al pesimismo de Zozaya, y ojalá pudieran leerlas cuantos se hayan dejado influir por el prestigio del notable escritor.

Por mi parte, del artículo de Zozaya he sacado una conclusión contraria a la del autor, y seguramente muy opuesta a la de la generalidad de sus lectores. Para mí el *ocaso de los himnos* es el próximo fin de los falsos, de los indebidos prestigios de algunos hombres sobre la totalidad de los hombres convertidos en masa, en rebañes; es el principio de la verdadera libertad por la igualdad social.

ANSELMO LORENZO

Ellos mismos lo confiesan

La república admitirá todas las ideas, pero será *sangrientamente* inexorable con los que perturben la paz, pues la república será garantía de la propiedad y del orden. (Melquiades Alvarez, en Calatayud).

Ya lo véis, trabajadores; ellos mismos lo confiesan.

Si fuéramos nosotros los que tal dijéramos de la república, podáis desconfiar de nuestras palabras, no obstante las lecciones que a diario nos están dando la treintena de repúblicas que por el mundo están despararramadas. Pero siendo ellos, los futuros ministros de la república futura, los que lo dicen, no tendréis derecho a llamarlos a engaño cuando lo hagan.

El párrafo transcrito, confesión sincera hecha por el flamante jefe de los reformistas en el mitin celebrado en Calatayud el 23 del pasado, es de una elocuencia avasalladora, hasta extremo tal, que de meditar sobre él los obreros que aun se obsesionan con los cantos de la sirena republicana, sería lo suficiente para volverle la espalda y dejarla sola con sus ambiciones y con los burgueses que han de beneficiarse en el cambio político que nos preconiza.

«*Sangrientamente* inexorable con los que perturben la paz», nos dice Melquiades Alvarez. Será la futura república, por ser ésta un partido de orden, respetuoso con la propiedad, a la que amparará a sangre y fuego.

Precisamente con esta paz es con la que no podemos estar conformes, debido a que, mientras exista el derecho romano, la propiedad será exclusivamente burguesa y burguesa también la paz, porque el obrero, mientras la propiedad individual no sufra honda y radical transformación, no puede participar de esa paz tan decantada, por ser el factor económico, el eje alrededor del cual giran todas las demás cuestiones sociales, llámense ellas morales, políticas o científicas.

Al igual que en las monarquías, en las repúblicas el hombre libre sufre persecuciones, el huelguista va a la cárcel y la

VIDA ANARQUISTA



Propaganda histórica de negación acortada y de afirmación sociológica, por ANSELMO LORENZO

Recopilación de trabajos dispuestos para producir chispas intelectuales por percusión

PRECIO: UNA PTA. A los correspondientes y paqueteros el 25% de descuento. Al extranjero se cargará el franqueo

Ha sido puesto a la venta este libro que forma parte de la BIBLIOTECA DE TIERRA Y LIBERTAD

Es un ideal positivo que llegará a realizarse cuando los hombres se hayan despojado de los prejuicios religiosos, autoritarios y explotadores.

La base de la Anarquía descansa en las leyes naturales, que consideran a cada individuo una parte integrante de la gran familia humana, dándole derecho a disfrutar de todas las riquezas que el hombre arranca de la tierra.

En la sociedad libre todos los seres humanos serán considerados iguales, todos trabajarán para el bienestar de la especie, dando cada uno sus esfuerzos individuales y gozando todos en común del patrimonio universal.

Hacia la Anarquía caminan los hombres que ansian la libertad completa, propagando estos nobles ideales con la perspectiva del sacrificio personal, pero con la seguridad del triunfo al arisgar estos principios en las mentes de los hombres.

J. VIDAL

¡VIVA LA LIBERTAD!

No lanzo hoy este grito como expansión del ánimo comprimido por las cadenas autoritarias; no como arrinque de protesta contra la malicia de una autoridad de marca liberal, que comete atrocidades al hipócrita amparo del artículo tantos de la ley, interpretado con rábula criterio; ni como expresión de indignación y de ira ante el bárbaro atropello de los más ínfimos asalariados de la autoridad; ni siquiera como dolorida queja de desheredado abismado en el fondo de la privación y de la imposibilidad.